

QUIEN NO CAE NO SE LEVANTA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

CLEANDRO, <i>viejo</i> .	CELIO.
LEONELA, <i>criada</i> .	LUDOVICO.
LELIO, <i>galán</i> .	ANDRONIO.
MARGARITA.	ROSELIO.
VALERIO.	PINARDO.
ALBERTO, <i>lacayo</i> .	PINABEL.
BRITÓN, <i>lacayo</i> .	FELICIO.
LISARDA.	UN ANGEL.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

CLEANDRO de camino, MARGARITA y LEONELA.

CLEAND. No hay mucho desde aquí á Sena. Laurencia tu tía, está á la muerte, el verme allá tiene de aliviar su pena; mi hermana es y hermana buena. Sola ella pudiera ser ocasión, hija, de hacer, aunque corto, este camino, que no es poco desatino dejar sola una mujer moza y doncella en tu edad, donde el vicio y la insolencia habitan, porque Florencia no tiene otra vecindad. Parentesco y voluntad me obligan; pero el temor de tu edad y de mi honor, viendo el peligro en que estás, vuelven los pasos atrás que da adelante mi amor. Hija, si una despedida licencia de hablar merece, por ver lo que se parece á la muerte una partida, haz cuenta que de la vida en esta ausencia me alejo, y como cansado y viejo, no á Sena, al sepulcro voy;

y que en el paso en que estoy te encamino y aconsejo. Sola en mi casa naciste de una madre á quien Florencia, aunque muerta, reverencia; pero bien la conociste; nobleza antigua adquiriste; lo mejor de esta ciudad, honrando mi calidad, pariente mayor me llama, riqueza heredas y fama, discrección y autoridad. El verte sola, y querida y celebrada en Florencia dió á tu mocedad licencia más suelta que recogida; al fin le costó la vida á tu madre el conocerte tan libre, y por no ofenderte, ni con reñirte enojarte, quiso más por adorarte morirte que reprehenderte. ¿Cuántas veces te llamó poniendo á tu vida freno, y á solas, en nombre ajeno, tus costumbres reprendió? ¿Cuántas veces te leyó sucesos con que Dios toca la mocedad libre y loca, y temiendo darte enojos te castigó con los ojos lo que no osó con la boca? Pues yo sé vez que, enojada de ver tu desenvoltura, tu libertad y locura

castigó en una criada, y tú, por esto agraviada, en un mes no nos hablaste ni á la cara nos miraste, hasta que vino á quebrar por nosotros, que á callar y á sufrir nos obligaste. Todo esto causa el no haber más de un hijo en una casa; la edad vuela, el tiempo pasa; sólo ha de permanecer la fama, que en la mujer corre peligro doblado; tu honra es mi espejo amado; si le procuras quebrar, ¿cómo me podré mirar en un espejo quebrado?

MARGAR. Pues ¿á qué efecto es ahora tan estudiado sermón? ¿Qué afrenta ó disolución en mí tu linaje llora? ¿Heme ido, como Lidora, con algún hombre, perdida? ¿De qué ventana, atrevida, de noche escala has quitado, ó qué persona has hallado tras el tapiz escondida? ¡Oh, qué pesadas vejeces! Soy pesado y tú liviana. No vi escala en la ventana, pero á ti sí, muchas veces; y como en ella pareces siempre, por más que te digo, tu fama ha de ser castigo de la licencia que toma; que pocas veces se asoma que no dé abajo consigo. Y si á caerse comienza en la calle, ¿habrá quien calle? No, que la fama en la calle será fama á la vergüenza; el recato al gusto vengza; no uses mal de mis regalos para libres hijos, malos; deja algún tiempo del día palos de la celosía que dan al honor de palos. ¿Qué oraciones y ejercicios lees? Cuando estás despacio, las novelas de Bocaccio, maestrescuela de los vicios; tus mangas darán indicios, escritorio, cofre ó arca de los papeles que marca, y con quien haces tu agosto el furioso del Ariosto y las obras del Petrarca. ¿Con tal compañía quieres que tu honor no ande en demandas? De los amigos con que andas podremos sacar quién eres. ¿Qué gusto ó provecho adquieres de traer las faltriqueras preñadas con las quimeras de canciones y tercetos, de lirás y de sonetos, de décimas ó terceras?

Anda, que ninguno aprende que no procure saber; la poesia es mercader que versos por honra vende; es fuego sordo que enciende; sus vanos terceros son tercetos que al torpe son de los sonetos que miras, leyendo lirás deliras, dando á tu afrenta ocasión.

MARGAR. Recoletándome vas con industria peregrina: ¡jea, vuélveme capuchina, que así contento estarás; no me traigas galas más; quitame el oro y la plata, el chapín al alpargata reduce, al sayal la seda, porque encartujada pueda ser á tu gusto beata. Por onzas vienes á darme la libertad de la vida, pues aun vista tan medida determinas cercenarme. ¿Qué daño ha de resultarme de que las varas posea de una celosía, y vea por su confusa noticia? A ser varas de justicia, pudieran hacerme rea. ¿No es una jaula enredada? ¿Aún menos quieres que sea que un pájaro, y que no vea segura de ser mirada? ¿Qué monja hay tan encerrada que, ya por rejas de acero, ya por el rallo grosero ó vistas á ver no venga, si aun no hay torno que no tenga su socarrón agujero? ¿O pretendes con casarme propagar tu sucesión, ó huyendo la condición de un yerno, monja encerrarme? Si lo primero has de darme, deja que en canciones reales las cortesanas señales pueda aprender de un poeta, que no han de hacerme discreta los salmos penitenciales. Pero debes de gustar que entre estameña y picote me entre monja, porque el dote temas que acá me has de dar; la vejez toda es ahorrar; y pues ella me limita lo que un convento aún no quita, vete con Dios donde vas, que á la vuelta me hallarás recoleta ó carmelita.

(Hace que se va; detiénela Leonela.)

CLENARD. Hija, Margarita, espera; Leonela, vuélvela acá, no te reñiré más ya, que soy viejo considera; prolija es la edad postrera; llégate acá, abrázame,

todo es de burlas á fe;
 así probarte he querido,
 tu virtud he conocido,
 tu recogimiento sé.
 Quita el lienzo de los ojos,
 no llores lágrimas vanas,
 ó en la holanda de estas canas
 deposita tus despojos.
 ¿No ves que me das enojos
 cuantas veces me amenazas
 entrarte monja? Si trazas
 matarme pronto, hazlo así,
 ea, por amor de mí.
 De mala gana me abrazas,
 pedirte quiero perdón;
 dame la mano y pondréla
 sobre la boca... Leonela,
 ¿dala el mal de corazón?

LEONELA. De tu mala condición
 mil es poco que la den.
 CLEAND. Pues ¿ríñesme tú también?
 LEONELA. Si está por ti mi señora
 de esta suerte cada hora
 y la afliges, ¿no hago bien?
 CLEAND. Buena anda toda mi casa;
 ¡oh amor de hijos imprudente!
 Quiérola excesivamente;
 no hay poner á mi amor tasa;
 con ella mi vejez pasa
 en descanso.

MARGAR. ¡Ay mel!
 CLEAND. ¿Volviste?
 MARGAR. No sé.
 CLEAND. Ea, no estés triste.
 Mírame alegre, y de Sena
 te prometo una cadena
 como á la que Lesbia viste;
 más si palabra me das
 que no te has de meter monja.
 LEONELA. No es esta mala lisonja.
 MARGAR. Como no me digas más
 vejeces, siempre hallarás
 en mí una justa obediencia.
 CLEAND. No oso salir de Florencia,
 porque un monasterio temo.
 MARGAR. Ya se ha acabado este extremo.
 CLEAND. Pues júralo.
 MARGAR. En mi conciencia.
 CLEAND. Pues con esa condición
 á verme parto á mi hermana:
 hasta después de mañana
 orden en mi casa pon.
 MARGAR. Ni ventana ni balcón
 la calle ha de ver abierto
 hasta que vuelvas.
 CLEAND. Bien cierto
 estoy que has de ejecutallo.
 Ea, adiós. ¡Hola el caballo!
 Amor todo es desconcierto.

(Vase.)

ESCENA II

DICHOS SINO CLEANDRO.

LEONELA. Vaya con... iba á decir
 una sarta de galeotes,

quítale al sol los capotes
 que ya te puedes reir.
 ¿Saco mantos?

MARGAR. ¿Para qué?
 LEONELA. ¿No hemos de irnos á un convento?
 MARGAR. De Venus.
 LEONELA. ¡Buen fingimiento,
 y de harto provecho á tel!
 No hay sino en riñendo el viejo
 decir que á enmonjarte vas;
 ¡buen «cata el coco» hallado has!
 MARGAR. No medro si no me quejo.
 LEONELA. No sino haceos miel. ¡Qué enfado
 es un padre ó madre vieja
 cuando á una hija aconseja
 sin quitársela del lado,
 que habiendo en su mocedad
 no perdonado deleite,
 conversación, gala, afeite,
 fiesta, sarao ni amistad,
 más envidiosa que honrada,
 riñe, aconseja, limita
 en la mesa, en la visita,
 y porque de desdentada
 no puede comer por vieja,
 es perro del hortelano
 que, con la col en la mano,
 ni come, ni comer deja!
 MARGAR. No esgrime con ejercicio
 quien no ha sido acuchillado,
 ni hay amigo taimado
 como el que es del mismo oficio.
 Los viejos de nuestros días
 cansados é impertinentes,
 que el gusto á falta de dientes
 repasan con las encías
 papilla nos piensan dar
 á los que al mundo venimos.
 LEONELA. Esa al viejo se la dimos
 ya que no puede mascar.
 Váyase el caduco al rollo;
 y pues es tu edad en flor,
 bollo de azúcar de amor,
 busca quien coma ese bollo.
 Ni bien seas primavera
 que toda en flores se va,
 ni bien estío, que está
 abrasado dentro y fuera.
 Entre Abril y Julio hay Mayo
 y Junio, que dan tributo
 parte en flor y parte en fruto,
 en lo que has de hacerte ensayo.
 ¿Entiéndesme lo que digo?
 MARGAR. Anda, necia, que ya sé
 que me aconsejas que dé
 un medio al gusto que sigo.
 LEONELA. No como el Abril en flores
 pases el tiempo inconstante,
 «daca el guante, toma el guante»
 papeles, cintas, colores;
 que hay mujer que el tiempo pasa
 en aquestas chucherías,
 y al cabo de muchos días
 que á fuego lento se abrasa,
 quando echa mano á la presa
 que de sustancia ha de ser,
 no se la dejan comer,

porque levantan la mesa.
 Buena es cuando alguno brinda
 la guinda antes de la polla
 y el melón entre la olla,
 mas no ha de ser todo guinda;
 ni todo también pechuga,
 sino, como el hortelano,
 vaya puniendo la mano
 entre col y col lechuga.
 Gasta tus años de modo
 que, sin perdonar manjar,
 puedas después afirmar
 que sabes comer de todo.

MARGAR. Maestra estás; pon escuela.
 LEONELA. Dime en los estudios prisa.
 MARGAR. Aunque me has causado risa,
 te pienso seguir, Leonela.
 Pero escucha: ¿Qué es aquello?
 LEONELA. Callejeros mercaderes.
 (De dentro sale con una caja llena de
 buhonería.)
 ALBERTO. ¿Compran peines, alfileres,
 trezaderas de cabello,
 papeles de carmesí;
 orejeras, gargantillas,
 pebetes finos, pastillas,
 estoraraque, menjui,
 polvos para blanquear diente
 caraña, copay, anine,
 pasta, aceite de canine,
 abanillos, mondadientes.
 Sangre de drago en palillos,
 dijes de alquimia y acero,
 quinta esencia de romero,
 jabón de manos, sebillos,
 franjas de oro milanés,
 agua fuerte, adobo en masa
 de manos. ¡Cristo sea en casa! (1)

ESCENA III

Sale ALBERTO.—DICHAS.

ALBERTO. ¿Quién llamaba aquí al francés?
 LEONELA. Aquí, nadie.
 ALBERTO. ¿Es menester
 poner postizo algún diente?
 Haréle naturalmente,
 sin que al dormir ó al comer
 sea menester quitalle
 ni haya quien la falta vea
 por más curioso que sea,
 aunque se llegue á miralle.
 MARGAR. Gracias á Dios y al cuidado
 buena dentadura tengo.
 ALBERTO. (A Leonela.) Señora hermosa, no vengo
 en balde: ¿cómo ha dejado
 criar ahí tanta toba?
 ¡Jesús, qué perdida está
 la dentadura!
 LEONELA. Será
 porque soy tan grande boba
 que nunca cuido de mí.
 ALBERTO. Mas ¿por qué come á menudo
 confitura del desnudo?
 LEONELA. Si es del amor, así, así.

(1) Esta relación se halla también en la escena IX
del acto segundo de *Por el sótano y el torno*.

ALBERTO. Pues verá en distancia poca
 cuál la dejo; asíéntese,
 la toba la quitaré.
 LEONELA. ¡Ay, Jesús! ¿hierro en mi boca?
 Váyase con Dios, hermano.
 Quitese allá.
 ALBERTO. Pues ¿rehusa
 lo que la importa y no excusa,
 el remedio de mi mano?
 Si quiere no desdentarse,
 aqueste polvillo tome,
 que la toba limpia y come
 los dientes; ha de estregarse
 al levantarse muy bien
 enjugándose con vino
 y con un paño de lino
 hasta que enjutos estén;
 que, como tenga cuidado,
 brevemente encarnarán
 y de marfil quedarán.
 LEONELA. ¿Cuánto vale?
 ALBERTO. Un ducado;
 pero sírvase con ellos,
 no riñamos por el precio.
 LEONELA. No es el merecero necio.
 ALBERTO. Para enrubiar los cabellos
 tengo una raíz famosa.
 MARGAR. Fuéme el cielo tan propicio
 que sin buscar artificio
 los tengo cual veis.
 ALBERTO. Hermosa
 sois, señora, por el cabo.
 MARGAR. ¿Trae cintas de resplandor?
 ALBERTO. Y son la cosa mejor
 de Italia: no las alabo
 por mías; este papel
 (Dale un papel con unas cintas.)
 si es verdad ó no dirá,
 que lleno de ellas está.
 Escoged, señora, en él...
 Mas, ¡cuerpo de Dios!
 MARGAR. ¿Qué es eso?
 ALBERTO. Quedóseme en la posada
 la bolsa, y no está cerrada
 la caja donde la he puesto;
 en ella mi caudal tengo;
 el diablo por Dios sería
 que me la dejasen fría.
 Esperen, que luego vengo. (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS, MENOS ALBERTO.

MARGAR. Confianza hizo de mí
 el mercero alborotado,
 pues el papel me ha dejado
 yéndose, Leonela, así.
 LEONELA. Tal prisa le da el dinero.
 MARGAR. Librele Dios de un ladrón.
 LEONELA. Veámos qué tales son,
 que hurtarle unas varas quiero.
 ¿Qué miras?
 MARGAR. Letra gallarda,
 un sobre escrito que está
 en el papel.
 LEONELA. Veamos ya
 estos listones.

MARGAR. Aguarda.
«A Margarita de Ursino.»

LEONELA. ¿A quién?

MARGAR. ¿No escuchas mi nombre?

LEONELA. Aquí hay maula, no era el hombre mercero que á vender vino, sino un gentil alcahuete.

MARGAR. Casarte puedes con él.

LEONELA. ¿Qué aguardas? Mira el papel que grandes cosas promete. Con cintas en vez de tinta le escriben, señal será que quien con cintas le da te desea ver en cinta.

MARGAR. «Valerio» dice la firma.

LEONELA. Si es suyo, bien recibido será.

MARGAR. Muy bien le he querido.

LEONELA. Así Florencia lo afirma pues has llegado á dar nota con él de no recatada.

MARGAR. Este negro ser honrada mil buenos ratos agota. Mi padre tuvo noticia de no sé qué y se ausentó Valerio, porque temió el rigor de la justicia.

LEONELA. Mírale: ¡que tengas flema para no verle!

MARGAR. ¡Ay! cuál viene el pobre, tal fuego tiene que hasta la mano me quema.

LEONELA. Mas qué, ¿no viene en poesía?

MARGAR. ¿En qué lo echaste de ver?

LEONELA. En que es papel mercader, pues cintas de oro te envía; y el poeta, cuyo nombre por ser el principio en Pó de la pobreza heredó, por más que escriba no es hombre que da de contado así; porque son tan buenas lanzas que pagan siempre en libranzas al Sol, Luna y Potosí. «Tus cabellos son del Sol, tus dientes perlas de Oriente, tus pechos plata luciente, tus mejillas arrebol. Del alba rubies tu boca, tus ojos no son distintos de esmeraldas y jacintos, en cristal tu frente toca.» Y creo que los planetas, según están de corridos, deben de andar escondidos de estos diablos de poetas; pues si en ello se repara deben de pensar que son de casta de bofetón que los traen de cara en cara.

MARGAR. Mal dices de la poesía.

LEONELA. Yo coplas no puedo verlas, que, según tratan en perlas, nos han de dar perlesía. Un rústico oyó unos versos en que un poeta alababa la corte donde habitaba;

y entre atributos diversos que daba á sus damas era decir que cuantas vivían en ella, perlas tenían por dientes. Y de manera se le encajó ser verdad; que dejando casa é hijos malbarató unos cortijos y parte de una heredad; y creyendo estas novelas dijo que iba, á su mujer, á la corte á enriquecer siendo en ella sacamuélas. Porque si en doliendo un diente y en sacándolo era perla no era difícil de haberla una baíca de Oriente. Pues llenando una tinaja de dientes, perlas, podía, vendiéndolas en Turquía, tener más oro que paja. Dió en esto, y en lances pocos tan rematado quedó, que el poeta le llevó á la casa de los locos.

MARGAR. Tú puedes irte con él.

LEONELA. Duendes y poetas son unos humo, otros carbón.

MARGAR. Ahora bien, va de papel.

(Lee.) «Temores, más de la justicia que de tu padre, me ausentaron de Florencia, y deseos de tu vista me han traído esta noche escondido á gozarla; obligaciones me tienes y te tengo más de marido que de pretendiente; si gusta llévalas adelante, pues tu padre, según he sabido, está en Sena. Al anochecer irán por ti los negros con una silla, que no oso entrar en tu casa, porque desde la noche que me halló tu padre, la tengo por agüero. No lo seas tú de mi amor, sino fiáte de los que te han de traer, hasta que Dios quiera que, muerto el viejo, vivamos los dos juntos. El te aguarde. *Valerio Negro.*»

LEONELA. Como marido dispone; parece señor de casa.

MARGAR. Quiérole bien y no pasa las leyes de amor propone. Tomó quieta posesión de lo más, ¿qué mucho, pues, que de lo que menos es se la dé mi inclinación?

LEONELA. ¿Piénsaste casar con él, muerto el viejo?

MARGAR. Bien le quiero; mas que es también considero determinación cruel ser su esposa, porque están en estado arrepentido cuantas han hecho marido del que antes fué su galán, y recélome, en efecto, que el galán cuando se casa, como sabe ya la casa, entra perdiendo el respeto.

No porque Valerio ame pienso consentirme asar, en todo quiero picar.

LEONELA. El buey suelto bien se lame.

MARGAR. Papel y tinta hay aquí.

LEONELA. ¿Sabes tú si volverá el francés fingido acá?

MARGAR. Paréceme á mí que sí.

LEONELA. No pide el papel respuesta, que tú sola lo has de ser, si viene al anochecer la silla.

MARGAR. Poco me cuesta, por si vuelve ó no, escribir dos renglones.

LEONELA. El mercero es un gentil embustero; á fe que le he de pedir si vuelve, pues que me quedo de noche en casa y solita, que entre á ver cómo me quita la toba, y con ella el miedo.

(Suenan pretales.)

MARGAR. Esto basta: ¿qué es aquello?

LEONELA. Carrera á fe de cristiana.

MARGAR. No perderé la ventana aunque estuviese en cabello, que me muero si en la calle suenan pretales.

LEONELA. ¿Y aquí te dejas el papel?

MARGAR. Sí; luego volveré á cerralle. (Vanse.)

ESCENA V

CLEANDRO de camino.

Dos veces he salido de Florencia, y el recelo, otras tantas adivino, volviendo las espaldas al camino, no me consiente hacer de casa ausencia. Venció al fraterno amor la diligencia del honor que amenaza un desatino, que al fin su parentesco es más vecino, aunque su hermano soy, cual de Laurencia. Si ella á la muerte el túmulo previene, y á la muerte mi honra en casa espera, fuerza es mirar por lo que más conviene. Menos me importa que Laurencia muera, que quien enfermos en su casa tiene no hay para qué visite á los de fuera. La puerta falsa hallé abierta, que mi sospecha encamina, y temo que salga cierta, que no vuelve la honra fina que sale por falsa puerta. Nadie acá abajo ha quedado haciendo tanto calor. La sala baja han dejado; pero como es fuego amor busca su esfera elevado. ¿Mas qué están á la ventana? ¿Qué importa cerrar la puerta, si la deshonor liviana trae alas y la hallé abierta tan alta como profana?

(Suena de dentro carrera.)

¿Carrera hay? No fué quimera

mi sospecha apercebida. ¡Ah mocedad altanera! ¿Mas que ha de salir corrida mi honra de esta carrera? Un papel hay aquí escrito, letra de Margarita es; si es sentencia que después eche á mi honra un sambenito... No es prudente padre aquel que su hija enseña á que escriba, porque en la tinta y papel conserva la ocasión viva que se muriera sin él. Bien puede un padre excusar, si quiere vivir alerta, la vieja que entra á terciar, tener cerrada la puerta y las ventanas clavar. Pero, cuando escribir sabe, en vano guarda á su hija, por más que eche reja ó llave, que, en fin, ¿por qué rendija un papel sutil no cabe? Estos argumentos son contra mí, pues que procura más que mi honra mi aflicción; quiero verle, á buen seguro que no es de mi devoción. (Lee.) «No quiero multiplicar palabras donde tan presto se han de ver las obras. La silla espero, y supuesto que ya anochece, pudiera haber venido. Guárdete el cielo y detenga allá al viejo todo lo que durare el quererme. Tu bien,» etc. Buena ausencia quise hacer; no hay de mi honor que presuma que seguro está en poder de un papel y de una pluma en manos de una mujer. Dejad, amor liberal, que el castigo que ejecuto sea á tanta ofensa igual, que no es árbol que da fruto la mujer si no es formal. Ea, remisa aflicción, aplicad medios crueles al honor, que no es razón que por Florencia en papeles ande mi honra en opinión. No sé á quién esto se escribe; la silla quiero aguardar que mi deshonor apercibe y en ella la muerte dar á quien en mi agravio vive; que en silla vengarme intento de quien en ella mancilla mi honor, pues es argumento, que quien da á mi agravio silla me quiere afrentar de asiento. (Vase.)

ESCENA VI

LELIO y BRITÓN con baqueros de mojos de silla, correones y palos, tiñados como negros.

BRITÓN. Bien pudieras ya decirme á qué fin has hecho, Lelio,

con los dos este guisado de hígado, pues es negro; desenguinéame ya, que, mirándome al espejo, temor tuve de mí mismo según estoy sucio y feo. Si fueran Carnestolendas, cuando destierran el seso de Florencia, no era malo el disfraz, puesto que puerco. ¿Qué niñas á espantar vamos, ó para qué nacimiento hacemos la Epifanía que al rey tizne represento? O declárate, ó me lavo; que ¡vive Cristo! que temo que me he de quedar así *per omnia secula*.

LELIO. Necio: ¿mondo yo nisperos? Calla, y ven conmigo.

BRITÓN. No quiero, ni he de quitarme de aquí si no me dices primero dónde vamos y á qué causa.

LELIO. ¿Estás borracho?

BRITÓN. Estoy hecho el propio un galán de *requiem*, no falta más que el entierro.

LELIO. Calla, y sígueme.

BRITÓN. Es en vano. Yo he dado por hoy en esto: ¡vive Dios! si no te explicas, que me has de ver estafermo. ¡Válgate el diablo por locol ¡Válgate el diablo por cuerdo! Ven, sabráslo de camino.

LELIO. No, hay que hablar; aquí me asiento, ó sacando agua de un pozo me quito todo el unguento de esta carátula sucia, que á grajos y pringue huelo. Sabrás, pues, ya que porfías...

BRITÓN. Eso vaya.

LELIO. Que Valerio quiere á Margarita bien.

BRITÓN. Dime otra cosa de nuevo, que esa ya sé que la tiene más ha de un año en destierro.

LELIO. Gozola á lo que se dice.

BRITÓN. Y diráse lo que es cierto, que en un año de afición ni ella es manca ni él es lerdo.

LELIO. El temor de sus parientes, solicitados del viejo, la hacen vivir con recato, hasta que la muerte y tiempo, que vencen dificultades, al yugo del casamiento los iguale.

BRITÓN. Dices bien; que es más ella y él es menos.

LELIO. Esta tarde, pues, se fué Cleandro á Sena, sabiendo que está á la muerte su hermana; supo su ausencia Valerio, y, fiándose de mí,

vino á Florencia encubierto á verse con Margarita...

BRITÓN. Diligente caballero.

LELIO. Para que esta noche vaya á mi casa, donde ha puesto el tesoro de sus gustos y han de gozarse en secreto. Pidió á Grimaldo prestada la silla con los dos negros dueños de aquestos vestidos.

BRITÓN. Muy bien huelen á sus dueños.

LELIO. Yo, que como soy de carne y no de mucha edad, tengo mis tentaciones humanas, ha más de un mes que deseo ser de aquesta Melisendra por una noche Gaiferos, y aun se lo he dado á entender.

BRITÓN. ¿Mas que respondió *no cheo*?

LELIO. ¡Zape! dijo con la boca y *mi* con los ojos.

BRITÓN. Bueno.

LELIO. Ahí un no es medio sí: milagros son de estos tiempos. No imagino si se ve en la ocasión, como ordeno, que se hará de pencas mucho, aunque es muy ilustre.

BRITÓN. *Credo*: que es viña, en fin, vendimiada y da á todo pasajero un grumo, y más de racimo que se queda siempre entero.

LELIO. Pues porque por diligencia no quede, esta noche intento hurtarle esta Margarita.

BRITÓN. Si te la cuelgas al cuello no será maio el joyel; envidia, por Dios, te tengo; que, como voy ya calando, no hay amante sin ingenio.

LELIO. Como supe que pidió á Grimaldo silla y negros, llamélos aquesta tarde y dentro de un aposento sus zaques llené de vino.

BRITÓN. ¿Desnudástelos?

LELIO. Dejélos en carnes.

BRITÓN. Muy bien guardaste tu vino, pues queda en cueros.

LELIO. Cerrélos después con llave, encomendélos al sueño, y machacando carbón, con él y claras de huevos, he compuesto este betún con que los dos parecemos infantes de Monicongo; y fiado del silencio de la noche, en el zaguán de mi dama á punto tengo la silla en que á Margarita llevemos los dos.

BRITÓN. Apelo. Aún si me cupiera parte, vaya; mas ¿no es caso recio que la lleve yo ensillada

y tú la góces en pelo? Pero, dejando las burlas, si viene por ella Alberto, criado de su galán, y has de ir en su seguimiento hecho ganapán de silla, ¿cómo ha de tener efecto tu mal digerida traza?

LELIO. Una riña fingiremos con él; y con los correones de suerte le apartaremos de nosotros en la calle que huya como liebre ó ciervo.

BRITÓN. ¿Y dónde piensas llevarla?

LELIO. ¿Eso preguntas? ¿No tengo en Florencia otras dos casas, una de la otra lejos?

BRITÓN. Alto, la maula está hecha: ¡vive Dios que eres discreto! El ingenio te ha aguzado la muela de algún barbero. Mas ¿no es este Alberto?

LELIO. El mismo.

BRITÓN. Enguinéate y hablemos á lo de zape y Angola.

ESCENA VII

ALBERTO.—DICHOS.

ALBERTO. ¿En qué diablos andáis, perros, que en todo hoy no os he topado?

BRITÓN. Habra bien, sino que temo que *turu ru* palo encaje en cabeza y sacan seso.

ALBERTO. ¿Qué es de la silla?

LELIO. Esa acá.

ALBERTO. ¿Acá está ya?

LELIO. Acá traemo, porque ruega así tu amo.

ALBERTO. ¿Pues cuándo le hablastes?

BRITÓN. Ruego.

ALBERTO. ¿Y os mandó aguardarme aquí?

BRITÓN. Sí, y sanca de frantiquero ocho reale para vina, que esa nobre cagayero.

ALBERTO. Alto; viendo mi tardanza, dándole prisa el deseo, los debió de enviar aquí. Aguardadme en este puesto, iré á avisar á la dama que habéis de llevar.

BRITÓN. Queremo, haga Valerio co eya quaquala. (Vase Alberto.)

ESCENA VIII

DICHOS, MENOS ALBERTO.

LELIO. Primo, callemo. Famosamente se traza.

BRITÓN. Bueno se le va poniendo el ojo al haca.

LELIO. ¡Oh qué noche!

BRITÓN. No la dormirás al menos.

LELIO. Lindo embuste.

BRITÓN. Para ti, que yo soy sólo el jumento

que le hacen llevar á cuestas la paja, y se queda hambriento. A mi costa has de cenar. Tú buscarás tu remedio.

LELIO. ¿Qué he de hacer. Cuando no hallare cecial, cenaré abadejo.

ESCENA IX

MARGARITA con manto, LEONELA en cuerpo y ALBERTO.—Sacan los NEGROS la silla.

MARGAR. Leonela: cierra la puerta.

LEONELA. Di de mi parte á Valerio que si me ha de enviar barato.

ALBERTO. ¿Y la silla?

LELIO. Aquí traemo.

ALBERTO. ¿Queréis que me quede yo por barato en casa?

LEONELA. ¡Bueno! A ahorcado tal barato.

ALBERTO. Del rollo de vuestro cuello.

LEONELA. Sois grande para joyel. ¡Oh hi de puta y qué mercero! Bien vendéis vuestras agujas. ¿Entraste?

MARGAR. Sí, cierra. (Entrase en la silla.)

LEONELA. Cierro.

ALBERTO. ¿He de volver?

LEONELA. ¿Para qué?

ALBERTO. Para la toba.

LEONELA. No cheo.

ALBERTO. En fin, ¿no he de volver?

LEONELA. No; mas si volviese sea luego. (Entrase Leonela.)

ESCENA X

DICHOS, MENOS LEONELA.

ALBERTO. Ea, perros, por aquí.

LELIO. Ya dije que no yamemo perra á nadie, que también hay en mundo branca perro.

ALBERTO. Pues ¿de qué se entona el galgo?

BRITÓN. Négoro fa cagayero y no hay négoro sudío; que come mantega y puerco.

ALBERTO. Hablen menos y anden más, que ya se me va subiendo á las narices el humo.

LELIO. Po lo Dioso jelalero que han de pagá de un beyaco con cozo é lalé con cuero de buey.

BRITÓN. Dale culubán.

ALBERTO. ¡Ay!

BRITÓN. ¿Quejamo?

ALBERTO. ¡Ay! que me han muerto.

LELIO. Síguete por que se aleje, que al momento volveremos por la silla.

BRITÓN. Bien se traza. (De dentro.)

ALBERTO. ¡Ah perrazos!

BRITÓN. Aguala á perro. (Vanse.)

ESCENA XI

Sale CLEANDRO.

La silla que mi deshonra
lleva he seguido encubierto
hasta aquí, por conocer
quién es su lascivo dueño.
Pues dándolos muerte juntos
verá Florencia si tengo
la sangre helada, ó si hierve
con la venganza, que es fuego.
Pero sola se ha quedado,
porque los mozos huyeron;
amor, dejadme vengar,
pues mi enojo es cual vos, ciego.—
Deshonra de aquestas canas
á quien tan mal pago das.
Lamia torpe: ¿dónde vas?
¿por qué mi sangre profanas?
Tus mocedades livianas
castiga quien de ese talle
quiere que en la calle te halle
y huye tu desenvoltura,
pues, al fin, como basura
te han arrojado á la calle.
No por pesada te suelta
quien á cuestras te llevaba,
pues tu liviandad bastaba
á dar á Italia una vuelta.
Mas como te vió resuelta
á ser de tu honor tirana,
tu propio peso amilana
sus fuerzas, porque confiesa
que la cosa que más pesa
es una mujer liviana.
El modo y traza condeno
con que tu infamia procura
dar muestras de tu locura,
pues vas sin silla y sin freno;
que enfrenaras fuera bueno
la torpeza que te abraza.
Entra en casa, si es que pasa
por ello y te admite en sí,
que, por echarte de sí,
te abrió sus puertas mi casa.
Para dar al vicio entrada
las abrió Leonela ahora,
que siempre de la señora
es retrato la criada.
Sólo has tenido de honrada
el irte sin responder,
con que has podido vencer
aquesta daga desnuda;
pero ¿cuándo no fué muda
la vergüenza en la mujer?
Gente viene; al que me ofende
no conozco; hablarle intento;
engendrado ha atrevimiento
el enojo que me enciende.
Si en esta silla pretende
deshonrarme mi enemigo,
con ir en ella consigo
que sea en venganza igual,
esta silla tribunal
de mi agravio y su castigo.
Ahora bien: aunque el temor
tiene en la vejez su centro,

determino entrarme dentro,
que también sabe el honor
disfrazarse como amor;
trazas tienen de ser éstas
para mi ofensor molestas,
pues me ha de llevar su gente
sobre sí, cual penitente
que lleva su cruz á cuestras. (Entrase.)

ESCENA XII

Salen los NEGROS.—DICHOS.

LELIO. Bien le habemos alejado.
BRITÓN. Cual novillo va corrido.
LELIO. Habíase de haber ido
la dama, que hemos tardado.
BRITÓN. ¿Dónde diablos, si ha cerrado
su puerta? Cual plomo pesa.
Aquí está.
LELIO. Famosa empresa.
BRITÓN. Como de tu ingenio fué.
LELIO. Peldona vuesa mecé.
Anda, plimo.
BRITÓN. Vamo apriesa.
(Llévanla de un cabo á otro del tablado.)

ESCENA XIII

Sale VALERIO.—DICHOS.

VALERIO. O el esperar al que aguarda
con sofisticos engaños
le vende instantes por años,
ó mi Margarita tarda.
Pero estos los negros son
y esta la silla en que viene
quien ha ya un año que tiene
en mi pecho posesión.
(Requebrando al viejo.)
Sol mío: ¿qué maravilla
de noche os saca bizarro,
y saliendo el sol en carro,
sois vos sol y andáis en silla?
Pero, pues dejáis el coche,
corred cortinas también,
porque los que en silla os ven,
puedan ver al sol de noche.
¿No queréis hablarme, amores,
mi bien, mi dueño, mi vida?
Muda seréis mi homicida.
BRITÓN. Cagayero dejan frores
que piensan mucho mujer
y queremos caminar.
VALERIO. Pues por aquí habéis de echar,
que en cas de Lelio ha de ser
donde habéis de parar.
LELIO. Bueno.
Anda con Dios, que aquí
sabemo dó va.
VALERIO. Qué, ¿así
me desconocéis?
BRITÓN. Sereno
no conoce que está obscuro.
VALERIO. Valerio soy.
BRITÓN. Para eya.

LELIO. No sa para vos donceya,
apartamo.
VALERIO. Perros, juro.
BRITÓN. No yama perro, que hay palo,
de siya y hay cureón.
VALERIO. ¿No es linda disolución?
LELIO. Que yeva pasa Gonzalo
si no aparta de camino.
VALERIO. Basta, que burlan de mí:
ó habéis de echar por aquí,
ó he de hacer un desatino.
(Echa mano y da espaldarazos.)
Ea, perros, caminemos
ó moriréis á estocadas.
LELIO. Compañeras cuchuradas,
palo de siya tenemos,
aguarda vuesa mecé
y veremos maravilla.
(Llégase á sacar á Margarita y descubre al viejo que sale, y echa mano.)

VALERIO. Amores: sal de la silla
y á casa te llevaré.
Mas ¿qué es esto?
CLEAND. El desengaño
que has de ver en mi venganza;
la burla de tu esperanza,
de tu atrevimiento el daño.
No es Margarita mujer
que, deshonrando su casa,
al deseo que te abraza
tiene de corresponder.
Que ella misma me avisó
de tu intención atrevida,
y el castigo de tu vida
aquí dentro me metió.
La espada tienes desnuda:
si, como afrontas mujeres,
tu infamia defender quieres,
palabras en obras muda,
que si me haces que trasnoche,
á matarte es, enemigo.
VALERIO. No suelen reñir conmigo
fantasmas que andan de noche.
¡Jesús, mil veces! No puedo
creer que Cleandro seas,
sino el diablo, que deseas
ponerme de noche miedo.
Y no será maravilla,
que, según el mal gobierno
de mi vida, del infierno
demonios traigan la silla.
¡Jesús, infinitas veces!
¿La Margarita sois vos?
No más amores por Dios. (Vase.)
CLEAND. ¿De un viejo huys? Bien mereces
nombre infame de cobarde;
soy pesado, no te sigo;
mas yo te daré castigo;
que si llega nunca es tarde. (Vase.)
BRITÓN. Burlaos con silla ó con coche.
¡Oigan cómo ha enmudecido!
¡Gentil dama hemos traído!
duerme con ella una noche.
LELIO. Déjame.
BRITÓN. ¡Burla gallarda!
Dado te han linda papilla,

si hasta aquí trujiste silla,
desde hoy más te pon albarda.
LELIO. ¿Hay burla mayor? Metamos
las dos en este zaguán,
y vámonos.
BRITÓN. Ganapán
sin fruto.
LELIO. Buenos quedamos.
BRITÓN. En blanco nos han dejado;
mas miento, mejor diré,
pues contigo me tizné,
que nos dejan en tiznado.
LELIO. Llega ya, y la silla carga.
BRITÓN. Cuento hay para muchos días,
mas buen despacho tenias
si te echaras con la carga.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Sale LELIO quitándole á LISARDA, su esposa, unas joyas, y BRITÓN.

LELIO.
Por vida de los dos, que no las quiero
para jugar. Lisarda, no me enojés;
he menester un poco de dinero,
é importa que esas joyas te despojes
para empeñarlas, no para venderlas.
LISARDA.
En lindo tiempo, por mi fe, me coges;
deseo debes de tener de verlas
empleadas mejor en otro cuello
más digno que no yo de mi oro y perlas.
Es dama al uso, que tendrá el cabello
negro, que ya no se usan hebras de oro,
y si es moreno el rostro será bello.
LELIO.
¡Oh, qué pesada estás! Porque te adoro
te atreves á enojarme.
LISARDA.
¿Es ojizarca?
Pero ojinegra es, que no lo ignoro;
en los tiempos del Dante y del Petrarca
los ojos zarcos eran los mejores,
adorados del príncipe y monarca,
y á los negros rasgados dan favores;
que las bellezas son como el vestido,
que mudan con la hechura los colores.
LELIO.
Quítate ya esas joyas, que he tenido
mucha paciencia; ¡eal!
LISARDA.
¿Qué es aquesto?
¿Cuándo, Lelio, el respeto me has perdido?
Dos años ha que el yugo nos ha puesto
del conyugal amor la Iglesia santa,
tirando á su coyunda el carro honesto,

voluntad me has mostrado siempre tanta, que á cuantas damas hay envidia he dado. Pues ¿qué mudanza mi ventura espanta? De un mes acá te veo tan trocado, que, si antes á las nueve te acostabas, volver sueles al alba disfrazado. Apenas, Lelio, de comer acabas cuando, antes que levanten los manteles, tomas la capa que antes olvidabas. Jugaste, y aunque pocas veces sueles gastar el tiempo en esto, ya has perdido el dinero, la plata y los doseles, y no tan malo, si en el juego ha sido esta pérdida sola y no en desvelos que sospecho te traen desvanecido; que el juego que hay peor es el de celos, pues pierden con la vida la paciencia.

LELIO.

¿Quieres, Lisarda, no llorarme duelos? Ni el juego ni el amor me da licencia para quitarte joyas que no he dado, pues las traje tu dote por herencia; sali fiador, estoy ejecutado, no quiero que entre en casa la justicia y lo sepan tu tío y mi cuñado; otras joyas habrá de más codicia que comprarte prometo; acaba, amores.

LISARDA.

Ya esa fianza vino á mi noticia, deuda es que tiene muchos acreedores, y aunque su honra es ya dita quebrada, se empeñan más por ella sus deudores. No estoy, Lelio, en tu amor tan descuidada, que aunque callo y consiento, no trasnoche celosa con razón, y desvelada. Bien piensas tú que del disfraz de anoche tan ignorante estoy que no he sabido la negra traza de la silla ó coche. Autor de este entremés debe haber sido aqueste bienaventurado.

BRITÓN.

¡Buena! Yo he de tener la culpa. Si ha perdido, Britón le hizo perder; si del sereno le duele la cabeza, este bellaco de Britón es la causa; si el moreno se emborracha con vino ó con tabaco, Britón le dió á beber; si falta en casa alguna cosa, Britoncillo es caco. No lo puedo sufrir, de raya pasa, un año ha que te sirvo, hagamos cuenta, diez reales cada mes me das por tasa, aquí está el papelillo en que se asienta lo que recibo; débesme once reales menos tres cuartos, no tengo otra renta, páguenmelos y adiós, y sean cabaes.

LELIO.

¿Estás sin seso?

BRITÓN.

Estoy muy enojado y harto de llevar ya tus atabaes. A un hombre como yo bien opinado no es razón que le llamen alcahuete.

¿Hanme visto llevar algún recado? ¿Cuándo te traje yo carta ó billete? Siempre el rosario traigo en cuello ó mano, dentro mi faltriquera no se mete. De fray Luis, y porque veas si miento, estas hojas dirán si soy cristiano.

(Va á sacar un libro de la faltriquera y saca en vuelta al rosario una baraja de naipes, que se le cae.)

LISARDA.

Muy bien lo dicen, pues de ciento en ciento te salen á abonar descuadernados como tu vida; y quién te da sustento de esas y de otras cartas despachadas; por el infierno debes ser correo.

BRITÓN.

¡A afrentarme salistes desolladas! ¡Volveos al nido, que en mi muerte creo, que de vosotras, en lugar de tablas, he de hacer ataúd, según deseo que andéis conmigo siempre!

LELIO.

En vano entáblas dilaciones; del cuello el oro quita, que pierdo tiempo mientras tanto me hablas. Quitá las perlas.

LISARDA.

¿Qué furor te incita? ¿No están mejor al cuello de tu esposa que no al cuello...

LELIO.

¿De quién?

LISARDA.

De Margarita?

LELIO.

No digas necedades, si celosa estás; que es tan honrada como bella Margarita, y doncella generosa.

LISARDA.

Será virgen y madre, si es doncella, que de Valerio dicen que ha parido.

LELIO.

Mientes, y toma; acordarás de ella.

(Dale un bofetón.)

LISARDA.

¡Ay, cielos!

BRITÓN.

Más me pesa, que has rompido la sarta.

LELIO.

Los anillos le he quitado y los zarcillos.

BRITÓN.

Su pirata has sido.

LELIO.

Coge las perlas.

BRITÓN.

¿No me ves bajado, cual fraile en *Gloria patri*?

ESCENA II

ROSELIO.—DICHOS.

ROSELIO.

Lisarda, ¿de qué lloras? ¿Qué es aquesto?

LISARDA.

He quebrado la sarta de las perlas en que he puesto todo mi gusto.

BRITÓN.

No hay más linda pieza que una mujer para mentir de presto.

ROSELIO.

No es esa la ocasión de tu tristeza; que no eres tú, sobrina, tan liviana que por eso des muestras de tristeza. ¿Qué es eso del carrillo? Mas la grana en que se tiñe el daño que recelas y tu honrada respuesta me hizo llana. Lelio, ¿hasla dado?

LELIO.

¿Yo?

ROSELIO.

Deja cautelas.

Britón: ¿qué es esto?

BRITÓN.

Es una niñería, un dolorcillo que le dió de muelas.

ROSELIO.

¿Calláis los dos? A la sospecha mía doy crédito; la cara de Lisarda es un papel que á mi venganza envía, tinta es la sangre que la letra aguarda, con cinco plumas la escribió el villano valiente con mujeres que acobarda.

LISARDA.

Por mí fe que te engañas.

ROSELIO.

Jura en vano, que ya en la plana de tu rostro veo el renglón riguroso de la mano. ¡Ah Lelio, Lelio! ¿es este el justo empleo que hace en tí de Lisarda que te adora?

LISARDA.

No ha reñido conmigo.

ROSELIO.

Ya lo veo.

LELIO.

Si la he reñido, ¿qué tenemos ahora? Quitéla estos zarcillos y estas perlas que llevo, á una mujer; quiso, habladora, por resistirme consentir romperlas, y dile el bofetón que te ha ofendido; estas las joyas son, si quieres verlas.

ROSELIO.

¿Por qué la tratas mal?

LELIO.

Soy su marido.

ROSELIO.

Una vez sola pone el que es honrado la mano en su mujer: si infame ha sido. No le quites el oro que no has dado, vuélveselo, ó si no...

LELIO.

si no quieres...

Aparta viejo,

ROSELIO.

La sangre se me ha helado; mas no por eso que me injurias dejo. Has de darle las perlas.

LELIO.

¡Buen aviso!

Pagarte á coces quiero ese consejo.

(Derribale y dale de coces.)

LISARDA.

¿A mi tío?

LELIO.

El se tiene lo que quiso.

ROSELIO.

Soy tierra; en fin, atrévete á la tierra.

LELIO.

Pues si eres tierra con razón te piso.

BRITÓN.

Hoy reina alguna suegra, todo es guerra.

(Vanse los dos.)

ESCENA III

ROSELIO y LISARDA.

ROSELIO. ¿A mí en el suelo y de coces?

Lisarda: dame una espada.

LISARDA. Sosiégate, no des voces, que no es justo sepan nada los vecinos.

ROSELIO. Mal conoces mi condición, ¡vive el cielo!

¿De un cobarde mal nacido?

LISARDA. Déja las leyes del duelo, que tú la culpa has tenido de que te echase en el suelo.

ROSELIO. ¿Yo la culpa en defender tu injuria? ¿En mí un mozalbete las manos ha de poner?

LISARDA. Eso tiene quien se mete

entre marido y mujer.
¿Qué tengo yo que no sea
de Lelio?

ROSELIO. ¿A ti un bofetón?
LISARDA. Ni me afrenta, ni me afea;
afeites del honor son
con que el amor se hermosea.
Es mi esposo, hacerlo pudo.
ROSELIO. Hablas al fin como honrada;
pero el acero desnudo,
ya jubilado en la espada
me vengará.
LISARDA. De eso dudo. (Vase.)

ESCENA IV

ROSELIO y VALERIO.

ROSELIO. ¿Aquí estás? ¿Cómo te atreves
salir en público así,
si por tus costumbres leves
anda Cleandro tras ti,
y antiguos enojos mueves?
VALERIO. Quiero hoy volverme al aldea
y he menester que me des
unos escudos.
ROSELIO. Granjea
tu hacienda así, que después
no es mucho que corta sea.
¿Cuántos los escudos son?
VALERIO. Quinientos.
ROSELIO. Pues ¿para qué?
VALERIO. Compro cierta posesión.
ROSELIO. ¿Tú, posesión? Ya yo sé
de tu santa inclinación
la posesión en que estriba
tu liviana voluntad,
en torpes vicios cautiva.
VALERIO. ¡Por Dios que es una heredad!
ROSELIO. Si es heredad, será viva.
VALERIO. ¡Oh, que de ello que me cuesta
cualquier cosa que me das!
Digo que es para una fiesta;
para jugar; ¿quieres más?
para una mujer.
ROSELIO. Y honesta.
VALERIO. ¿Tienes otro que te herede
más que á mí y para que estimes
lo que es justo, que acá quede?
Ya soy hombre, no escatimes
lo que mi edad me concede.
ROSELIO. ¿Tantos pasos y argumentos.
gastas, si en darte me fundo,
los reales cientos á cientos?
VALERIO. Más que un hermano segundo
en cobrar sus alimentos.
Si me los tienes de dar,
¿para qué con esa flema
me los haces desear?
ROSELIO. A ti y Lelio un mismo tema
os hace locos de atar.
Ea, en mí las manos pon,
como hizo Lelio en tu prima;
si te parece razón,
mi cano rostro lastima,
dame en él un bofetón.
El oro y joyas me quita

con alborotos y voces,
y en tierra me precipita,
darásme otra vez de coces
por amor de Margarita.

VALERIO. ¿Cómo es eso?
ROSELIO. A su mujer
las joyas Lelio ha quitado
que no le supo traer,
y un bofetón le ha costado
el quererlas defender.
Y porque yo, como tío,
sus locuras reprendí,
fué tanto su desvarío,
que puso los pies en mí.
¡Mira que valiente brío!
A Margarita pretende;
para ella las joyas son
con que su interés entiende.
Si es esta la posesión
que tu deshonor te vende,
cómprala, y cual Lelio yerra;
echa á mal mi hacienda así
y de casa la destierra;
písalas bien como á mí
Lelio me ha pisado en tierra. (Vase.)
VALERIO. ¿Lelio á mi padre ha injuriado?
¿Lelio en Margarita, ¡cielos!
emplea hacienda y cuidado?
¿Lelio afrentas? ¿Lelio celos?
mas ¿qué mucho si es cuñado?
Voile á buscar, que mejor
satisfará á mi esperanza
que á la lengua mi valor;
daré de un golpe venganza
á mi padre y á mi amor. (Vase.)

ESCENA V

LEONELA y MARGARITA.

LEONELA. ¡Buena traza!
MARGAR. No más silla.
LEONELA. ¿Escarmentarás desde hoy?
MARGAR. Triste desde anoche estoy;
alcánzame esa almohadilla
que la labor entretiene,
olvidaré pesadumbres.
(Dale vainicas, y toma Leonela randas.)
LEONELA. Cuando á ella te acostumbres,
si amor quiere, tan bien viene
á la labor como al ocio;
pues tal vez si le aprovecha,
hace de la aguja flecha
con que entabla su negocio.
MARGAR. Como es la materia blanda,
aunque se suele picar,
huélgase tal vez de andar
entre la aguja y la holanda.
¿Has las randas acabado?
LEONELA. No, porque aunque son ligeros,
cánsanme cien majaderos
que haciendo un manoteado
enmarañan mi labor.
MARGAR. Si un majadero no más
da tanto enfado, ¿qué harás
con ciento juntos?

LEONELA. Mejor
son éstos que están atados;
pues menos tormento dieran
los necios como estuvieran
del modo que éstos colgados.
MARGAR. Leonela: ¿no es gentil hombre
Lelio?

LEONELA. Tu pretendiente es
rico, galán y cortés;
pero como tiene nombre
de casado, no me agrada.
Para mi mucho ha perdido
en serlo.

MARGAR. ¿Por qué?
LEONELA. Un marido
que es con carga tan pesada
ganapán del matrimonio,
sufré mucho.

MARGAR. Bueno está.
LEONELA. Un marido sufrirá
todo un falso testimonio.
MARGAR. ¿Por qué, que estás importuna?
¿De todo has de mal decir?

LEONELA. Hombre que puede sufrir
el ruido de una cuna,
¿qué diablos no sufrirá
al lado de una mujer
que por fuerza ha de tener
las inmundicias que ya
te constan?

MARGAR. Eso es sin duda.
LEONELA. ¿No sufre más que un peñasco
hombre que no tiene asco
de un rostro con paño ó muda?
MARGAR. Galán melindroso hicieras.
Amor Lelio me ha mostrado,
liberal me ha regalado
y me agradan sus quimeras,
pues Valerio es sospechoso,
y mi padre de éste está
seguro; tráemele acá,
que, aunque el viejo es receloso,
cuando venga y le halle aquí,
no faltará una mentira
que le engañe.

LEONELA. Si él suspira
y tú le escuchas así,
voy por él, servirte quiero.

MARGAR. Que varíe me has mandado;
sabré á qué sabe un casado
pues ya sé lo que es soltero.

LEONELA. A ambos puedes reducirlos.

MARGAR. ¿Dos juntos? ¡Libreme Dios!

LEONELA. Lo bueno es de dos en dos,
que es comer á dos carrillos. (Vase.)

ESCENA VI

MARGARITA.—Luego una Voz dentro.

MARGAR. La inclinación de mi edad
más gusta oír cada día
sermón en la Compañía
que misa en la Soledad.
Sola estoy y no soy santa,
perdone mi padre viejo

que no hay gusto con consejo;
mas ¡Válgame Dios! ¿quién canta?
Voz. (Canta de dentro.)

«Margarita, Margarita:
maldita fuera mejor
que te llamase Florencia,
pues eres su maldición.»

MARGAR. ¿Quién puede ser la que canta?
¡Ay cielos, qué triste voz!
Los cabellos me ha erizado,
palpitame el corazón.

¡Hola! ¿quién canta allá dentro?
Pero ¡qué medrosa soy!
alguna de mis criadas
es que está haciendo labor.

Cante alegre ó cante triste,
que el uno y el otro son,
suspenden y avivan más
sentimientos del amor.

Voz. (Canta.) «Margarita te llamaron,
pero no conforma, no,
con tus obras tu apellido
con tus vicios tu valor.

Libre te crió tu madre
causando tu perdición,
¡pobre de ella, cuál lo paga!
de llamas es su prisión.»

MARGAR. ¿Qué es esto? ¿A mí se dedican
los versos de esta canción?
¿Mi libertad reprehenden?
¿Maldicen mi inclinación?

Este es mucho atrevimiento:
¿cuándo sufrí burlas yo?
Castigaré en la criada
este agravio, ¡vive Dios!

¡Hola! Florisa, Marcela,
Faustina, Andronio, León.
¿No me responde ninguno?
¿Si estoy soñando? Mas no,
no debe de ser de casa
la cantora ó el cantor

que mi vida satiriza;
algún vil murmurador
de los de mi vecindad
me piensa poner temor.

Digan, allá se lo hayan:
libres son y libre soy.
De la más santa murmuran;
del rey como del pastor;

mas que digan que mi madre,
porque libre me crió,
se abrasa, esta es desvergüenza;
sufrirlo será baldón,

castigarle será justo.—
¡Hola! llamadme á Gascón,
ese mozo de caballos.

Mas, ¿qué es esto? loca estoy.
¿No hay en Florencia mujeres
de mi nombre y que no son
de más benditas costumbres

ni más honestas que yo?
Cantes de ellas y de mí,
que yo les daré desde hoy
materia para sus versos,

porque he de vivir peor.
Voz. (Canta.)

«No harás, porque antes de mucho

el infernal cazador
que caza almas, con tus ojos
perderá tu posesión.
Aunque has perdido la cuenta,
de tu vida en un sermón,
por las cuentas de un rosario,
borrará tus cuentas Dios.
A un hombre puesto en un palo
has de tener tanto amor,
que has de perder el juicio
en la vulgar opinión.»

MARGAR. ¿Cómo? ¿Yo á un ajusticiado?
¿A un hombre en un palo yo?
¿Yo á difuntos? ¿Yo sin seso?
Desmayos me da el temor.
¿Mujer de mi calidad
ha de estar sin lo mejor
del alma, que es el juicio?
¿Yo amante de quien perdió
la vida en un palo vil?
No es buena satisfacción
de mis culpas deshonrarme;
perdonarame el sermón,
si sermones han de ser
causa de mi conversión.
No he de oírlos en mi vida;
intente otros medios Dios,
que por ése no haya miedo
que me coja, pues desde hoy
no he de oír sermón ni misa;
vuélvome á hacer mi labor.
¡Ay! si Leonela viniese,
si entrase conversación
y dejase de cantar
aquesta agorera voz.

Voz. (Canta.) «Margarita: ¿de qué sirve
hacer piernas contra Dios,
ni tirar, cual dijo á Pablo,
coces contra el aguijón?
Si de tu libre albedrío
siguieres la inclinación
y sus vicios no dejares,
darante mal galardón.

(Descúbrese al son de tristes instru-
mentos una escalera de flores, y al cabo
una silla y corona de fuego.)

«En el reino del espanto,
entre fuego y confusión,
aquesta silla te espera
sino excusas tu rigor.
Aunque por flores se sube,
que el deleite es torpe flor,
este es el fruto que ofrecen
flores que de vicios son.
En vez de oro tiene fuego,
brasas sus follajes son,
su corona basiliscos,
azufre y pez es su olor.»

MARGAR. ¡Ay, cielos; qué horrenda vista!
Leonela, Fabia, señor,
criados, vecinos, gente,
¿ninguno me da favor?
Pues que ninguno me ayuda,
matarme será mejor;
¿no hay cordel que sea verdugo
de mi desesperación?

(Al son de música alegre se descubre
una escalera hecha de rosarios, y sobre
ella una silla muy hermosa y sobre la silla
una corona de oro.)

Voz. (Canta.) «El cordel que te remedie
las cuerdas divinas son
de esta escala, donde sirve
cada cuenta de escalón
por ella, para que suba
hasta el cielo el pecador,
da la mano poderosa
su admirable devoción.
Silla y corona de rosas
es quien paga el fruto en flor
á María, flor de gracia,
é intenta tu conversión.
Teje del rosal divino
del rosario y su oración
las rosas de sus misterios,
si alcanzar quieres perdón.»

MARGAR. ¡Oh, qué belleza de silla!
El alma me consoló,
encubrióse su hermosura,
la voz dió fin á su voz.
Entre el consuelo y tristeza,
la esperanza y el temor,
me tienen entre dos aguas
y me cubre un frío sudor.
¡Cuánto va de silla á silla,
vágame el poder de Dios;
y de corona á corona,
de reino á reino! Venció
el temor aquesta vez.
¡Viva la virtud! desde hoy,
salgan los vicios de casa;
salid fuera, torpe amor. (Vase.)

ESCENA VII

LELIO y VALERIO acuchillándose, LEONELA
dando voces.

LEONELA.

¡Valerio, envaina, que me causas miedo!
¡Jesús! Lelio, ¿no ves que estoy preñada?
Palpitaciones tengo, muerta quedo;
no hay coco para mí como una espada.

VALERIO.

Amigo al uso, no verás si puedo
la traza infame de tu amor vengada;
que á castigar en tí me traen los cielos
la injuria de mi padre y de mis celos.
Lisarda es prima mía, en quien villano
la vil mano pusiste, que atrevida
muestra tu infamia, aunque se excuse en vano,
porque quede tu afrenta conocida,
no pone el noble en su mujer la mano
si no es para, quitándola la vida,
mostrar que, ocasionando su deshonra,
no le dió menos causa que en la honra.
Y porque de defender mi padre trata
de su sobrina el lícito decoro,
pisaste vil su venerable plata,
cuando á tu esposa le quitaste el oro.
¡Bravas hazañas! ¡Tu valor quilata

con viejos y mujeres; ya no ignoro
el esfuerzo que en tí tiene su espejo
hiriendo á una mujer, pisando á un viejo.

LELIO.

Con la mano te pienso dar respuesta,
ya que así te desbordas y desmandas,
pues es la espada lengua.

VALERIO.

En tí molesta
y no enseñada, pues tan mal la mandas,
que, en fin, como tu mano descompuesta,
rostros tiernos afrenta y canas blandas,
no podrás de cobarde delicado
sufrir el peso del acero honrado.

LELIO.

Habla cuanto quisieres, que no irrita
tu cólera el valor que en mí conoces.
Sólo digo que adoro á Margarita
y que he de procurar que no la goces.

VALERIO.

¡Oh, infame! Aguarda.

LEONELA.

¡Santa Inés bendita;
que se matan! ¡San Roque!

LELIO.

Si de coces
di á tu padre, mis pies que le maltratan
te pisarán la boca.

LEONELA.

¡Que se matan!

(Vase.)

ESCENA VIII

Riñendo CLEANDRO y ROSELIO.

ROSELIO.

Con la lengua desnuda de esta espada
digo otra vez que, mientras tenga vida,
no se verá tu hija desposada
con Valerio, aunque más palabras pida.

CLEANDRO.

No es Valerio tan noble.

ROSELIO.

Ni ella honrada.
Y sin honra, ¿qué importa ser nacida
de Augustos y Alejandros excelentes,
como es para injuriarlos así?

CLEANDRO.

¡Mientes!

ROSELIO.

No puedes afrentarme, que no tienes
honra; y sin ella un hombre nunca afrenta;
mas, pues tan loco á despeñarte vienes,

ten de tu vida, loco viejo, cuenta,
la lengua que agraviar honras intenta
mejor que de tu hija.

CLEANDRO.

Por que enfrenes,
el bocado de acero es esta espada
que en orden la pondrá si es desbocada.

(Vase.)

ESCENA IX

Salen ALBERTO y BRITÓN riñendo.

BRITÓN.

Medio lacayo, no lacayo entero;
medio aún es mucho, cuarterón, ¡qué digo!
dos onzas de lacayo; caballero
ando en honrarte siendo mi enemigo;
una onza de lacayo, y aún no quiero
darte una onza, que seré prodigo;
adarme de lacayo á quien desmayo,
¿adarme? escrupulillo de lacayo;
¿tú con Leonela, fregatriz divina,
célebre desde el Ganjes hasta el Tajo,
que dando censo en agua á su cocina,
de los rayos del sol hizo estropajo?
¿Tú con una mujer que Celestina
crió á sus pechos y en sus brazos trajo,
á quien el orador como el poeta
llaman en prosa y verso alcahueta?
¿Tú, competir conmigo? ¡Vive el vino!
que he de hacer un castigo más sonado
que mocos con tabaco.

ALBERTO.

No me indino
así, ni he de reñir sino enojado.
Veme encendiendo más, habla sin tino;
podrá ser que de injurias enojado
saque la espada, en castidad Lucrecia,
que como á gusarapa te desprecia.

BRITÓN.

¿Yo gusarapa? ¡Mientes!

ALBERTO.

No es nada eso;
dime más.

BRITÓN.

Digo que eres un gabacho.

ALBERTO.

Fuélo mi padre, la verdad confieso;
Dime más.

BRITÓN.

Digo que eres un borracho.

ALBERTO.

Gloríome de serlo.

BRITÓN.

Eres confeso.